



la historia de locos

ce un recuento de su obra poética y pasa revista a sus libros

En cualquier caso, fue un intento de revisar la historia burguesa, tradicional, desde la poesía. Poesía, que es también, al fin y al cabo, una forma de conocimiento.

A los 22 años me estrené como profesor en la Universidad de Huamanga. Tiempo de guerrillas, tunas y cabras. Comprendí la desolación y la riqueza del universo andino que, hasta entonces, había sido tan sólo el viaje en tren a la feria de Huancayo.

El primero de mayo del 66 nació mi hijo Diego, día que se honra y celebra en todas las naciones del planeta. Poco después, comenzaron los viajes de Simbad el marino. Y en el 67, me hallaba instalado en Londres como vecino de Earls Court. En medio del laberinto de los Beatles y los Rolling Stones, los hippies, las minifaldas, la hierba, las campanitas y unas terribles ganas de ser adolescente con años de retraso.

Ese otoño y ese invierno escribí los poemas de *Canto Ceremonial contra un oso hormiguero*. La estufa casi siempre malograda y yo enfundado en un abrigo viejo y peludo dentro de la casa. Apenas si sacaba una mano del bolsillo para escribir un verso y ahí mismo la guardaba. En verdad fui feliz.

Mi mantención a la aseguraba alternando el oficio de lavaplatos y el de asistente en la universidad (a la larga, como ahora). Tenía un alma de esponja, siempre presta al deslumbramiento. Aprendí muchas cosas. Entre otras, que la tristeza no se resuelve con un plan quinquenal.

Canto ceremonial contra un oso hormiguero fue premiado en la Casa de las Américas de la Habana en el 68. El galardón poético del idioma más cotizado por aquel entonces. Eso me dio cierta fama, algún dinero, traducciones, reediciones, unos cuantos fans y una preciable tribu de envidiosos.

Los poemas del libro estaban llenos de vida vivida. Por eso el uso de largos versículos que se enredan en las páginas como serpiente. Necesitaba un espacio donde se reumieran los datos del alma y del cuerpo. El hígado, el corazón y la cabeza. La historia doméstica, la historia de la colectividad. Creo que en buena medida lo logré. El lenguaje se bamboleaba entre la solemnidad y la jerga, en medio de un optimismo socarrón. Así transcurría mis días en la vida real.

Pasados los años, harto ya de las islas al norte del Canal, conseguí un trabajo en la Universidad de Niza, ciudad mediterránea, misma postal, en la frontera con Italia.

Épocas de soledad, bohemia y descalabro. Me convertí en experto en hospitales y aprendí francés. *Como higuera en un campo de golfes* es el testimonio de mis quejas, de mi poquita fe. Libro que quiero con la ternura y compasión debida a un hijo enfermo.

En *Agua que no has de beber*, publicado en Barcelona un año antes, hay un solo poema rescatable: *Para hacer el amor*, cuya lectura en los recitales nunca tiene pierde.

El libro de Dios y de los húngaros, tiene que ver con los años que viví en Budapest (74 y 75). Cantos del nuevo y gran amor correspondido (que aún perdura), del nacimiento de mi hija Soledad, del reencuentro fulminante con el Señor.

A diferencia de mis otras obras y con la sola salvedad del poema de la reconversión, *Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado*, ese libro no fue escrito in situ. Un par de años más tarde, en la nublada Lima, me dediqué a desenterrar de una caja de zapatos esa infinidad de apuntes en cajetillas, esquemas, imágenes sueltas, notas ilegibles, mendrugos, guñapos para reconstruir (o más bien construir) *El libro de Dios*, que nunca sabré cómo pudo ser de haber sido escrito en su momento y en su lugar.

En el 78 gané la codiciada beca John Simon Guggenheim. Una de las escasas ocasiones donde un pobre poeta puede vivir (algunos meses) como novelista del boom. Y decidí viajar a la dorada California. Cosa que no fue tan fácil. Porque, en principio, los peruanos son ante la inmigración norteamericana, aventureros indeseables y narcotraficantes del montón (y, sospecho, que, hasta comunistas).

Luego de un par de escaramuzas en el consulado del país del norte, obtuve mi visa oleada y sacramentada. Aparte de un paso de 24 horas por Nueva York, jamás había sentido mis reales en los Estados Unidos. Y arribé cargado de ansiedades y una perversa fascinación por Disneylandia. Así, entre las colinas de Berkeley y la dulce ciudad de San Francisco, pasé más de medio año. Amén de varias incursiones a Nueva York, Oregón y Arizona.

Tal como ocurre con el París monumental, cada uno de los innumerables países que forman los Estados Unidos, es un calco impecable de su correspondiente tarjeta postal. De modo que todos los instantes se toman en una suerte de *deja vu* y la única sorpresa (mayúscula es verdad) fue descubrir que me hallaba a mis anchas, devorador entusiasta de hamburguesas, mismo personaje de las series de TV aprendidas desde mi tierna

infancia. Escribí poco y dormí bien, como las buenas almas.

Crónica del Niño Jesús de Chilca (81) fue el intento de escribir la historia de una comunidad costeña hundiéndose en el tiempo. Ahí incorporo las voces colectivas y ajenas como propias, y las memorias del compadre difunto, don Fortunato Rueda. El amor de Dios y de los pobres entre el mar y el arenal. Año del nacimiento de mi hija Alejandra.

Pasé el 85 bajo los altos techos de una vieja casona de Berlín, contra todos mis pronósticos (y prejuicios) bien amé los inviernos de la antigua y delirante ciudad de Prusia. Y estuve en paz. A pesar de los perros, intocables como las vacas de la India, pero soberbios y peludos como el sol.

Con la publicación del *Monólogo de la casta Susana y otros poemas*, llegué en 1986 a los 25 años de mi primer librito. Me parece mentira. Cosa de locos, persistir en un oficio que no brinda fortuna ni placer. Y sin embargo, es tan inevitable como la sombra que nos acompaña en las tardes transparentes del verano.

Ahora sobrevivo con mi mujer y mis tres hijos en Lima, llamada también la horrible. Enseño, es un decir, en la Universidad de San Marcos, la más pobre y antigua de las Américas. Soy periodista del semanario "Si". Escribo poesía, cuando puedo, a caballo entre la pena y la violencia. Y temo cada día.

Antonio Cisneros. Lima - 1942.

Poeta y doctor en letras .



Danza, Emiliano Luján